

HISTORIA DE UN TÉRMINO MÉDICO: MIDRIASIS

M.^a Emilia Martínez-Fresneda

El término latino *mydriasis*, que denomina la dilatación patológica de la pupila y Nebrija define como «perlesía de ojos»¹, nos lleva al griego $\mu\upsilon\delta\rho\acute{\iota}\alpha\sigma\iota\varsigma$ y, consecuentemente, a un examen detenido de los textos grecolatinos que documentan la enfermedad, sus causas, síntomas y tratamiento.

El primer testimonio histórico lo encontramos en el médico latino Celso², contemporáneo de Tiberio, que después de una pormenorizada descripción de la parálisis ocular denominada *resolutio oculorum* se refiere, de inmediato, a la midriasis como afección próxima a dicha parálisis: «No dista mucho de este mal éste que los griegos llaman midriasis (*mydriasin Graeci vocant*), cuando la pupila se extiende y se dilata (*funditur et dilatatur*) y la agudeza visual se embota (*hebetescit*) y entonces con dificultad...».

Al llegar a este punto en la descripción de los síntomas nos encontramos, fatalmente, con una laguna en el texto que sólo se resuelve al tratar de los remedios, con los que, aun cuando ambas afecciones son de curación difícil —y en esto coinciden todos los autores— se podría intentar combatir la enfermedad.

En el siglo II después de Cristo, el médico griego Areteo nos proporciona, en *Sobre las causas y síntomas de las enfermedades habituales*³, el segundo testimonio de esta dolencia e incluso la identifica textualmente con otros tipos de parálisis, incluyéndola en el capítulo titulado «Sobre la parálisis»,

¹ Macdonald, G. J.: *Vocabulario de Romance en Latín de Antonio de Nebrija*, Madrid, Castalia, 1981.

² *C. M. L.* VI 6. 36-37.

³ *C. M. G.* II S. D. I 7.7.

en el que se tratan todos los géneros de parálisis que pueden afectar a miembros u órganos del cuerpo humano. Y, después de una prolija descripción en la cual distingue dos tipos precisos de afecciones parapléjicas de los miembros, añade: «También la pupila del ojo puede padecer estos dos tipos de afección, cuando se extiende mucho hasta llegar a adquirir un gran tamaño la denominamos dilatación o midriasis (καὶ γὰρ ἐκχέεται πολλὸν ἐς μέγεθος, εὔτε πλατυκορίην ἢ δὲ μυδρίησιν ὀνομάζομεν), y cuando se reduce (ἀτὰρ ἢ δὲ ξυνάγεται ἐς σμικρὸν ἢ κούρη), miosis (εὔτε φθίσιν [ἦν] ἐγὼ κικλήσκω)».

Vemos, pues, cómo en este segundo autor nos encontramos, también, inmersos en el propio contexto de la parálisis todavía de manera más precisa que en el pasaje de Celso.

El testimonio siguiente, documentado por Galeno en el tercer capítulo del tratado «Sobre el método terapéutico», no describe la enfermedad sino que la cita⁴ simplemente, entre otras, como un caso más de iatrogenesis y expone que, en muchas ocasiones, hubo de curar afecciones de los ojos exclusivamente con remedios naturales, censurando el hábito de una gran mayoría de médicos que al elaborar pócimas de opio o de mandrágora (καὶ πολλοὺς οἶσθα μετὰ τὰς τοιαύτας χρήσεις φαρμάκων) y aplicarlas con prodigalidad (ἐπειδὴν ἀμετροτέρων προσαχθῆ) en los ojos enfermos, causan trastornos que comienzan con una visión oscura y dificultosa (ἀρξάμενους μὲν ἐντεῦθεν ἀμυδρῶς καὶ μόγις ὄρᾶν) que degenera, con el tiempo, en afecciones como la midriasis, la miosis y otras (ἐν τῷ χρόνῳ ... μυδριάσεις ἢ φθίσεις ... ἀλόντας).

Este texto, por consiguiente, no nos ofrece una gran aportación en cuanto a la enfermedad en sí, pero nos resulta de gran utilidad en cuanto que volvemos a encontrar la midriasis y la miosis en estrecha relación, como ya las hemos visto en el texto de Areteo.

Un nuevo testimonio nos transmite Oribasio, médico griego del siglo IV, que en un apartado de su *Sinopsis a Eustacio*⁵ describe la enfermedad de este modo: «Cuando la pupila no cambia de color (ἡ κόρη τῷ μὲν χρώματι μὴδὲν ἀλλοιοτέρα γίνεται) pero se hace mucho más extensa de lo normal (πλατυτέρα δὲ πολλῷ τοῦ κατὰ φύσιν) y, entonces, unas veces impide, completamente, la visión y otras gran parte, y todos los objetos que se ven parece que son mucho más pequeños».

En este texto no se relaciona literalmente midriasis con parálisis como en Celso y Areteo, pero, sin embargo, siendo la descripción de los síntomas en Oribasio idéntica a la de Celso, no habría óbice en suponer *ab extra* la identidad entre parálisis y midriasis.

Además, Oribasio establece, lo mismo que Galeno, correspondencia en-

⁴ X 171.

⁵ VIII 46.

tre la dilatación y la miosis de la pupila, ya que en las líneas inmediatamente siguientes podemos leer: «Y es miosis cuando la pupila se reduce, se debilita y se arruga (φθίσις ἐστὶ τῆς κόρης στενουμένης καὶ ἀμαυροτέρας καὶ ῥυσοτέρας γινομένης) y, entonces, los objetos de visión parecen mayores de lo que realmente son. La miosis se diferencia de la atrofia en que en aquella sólo es la pupila la que se reduce (ἢ μὲν γὰρ φθίσις στενωτέραν ποιεῖ τὴν κόρην) y, en cambio, en ésta es todo el ojo el que se empequeñece y se debilita».

Y, en el siglo VI, el médico griego Aecio dedica también un capítulo a la midriasis⁶ y se expresa, prácticamente, en idénticos términos que Oribasio, lo cual nos hace suponer que esta enfermedad era en la antigüedad suficientemente conocida y sus síntomas ya un lugar común: «Se llama midriasis o dilatación cuando la pupila, sin cambiar de color, se hace mucho más extensa de lo normal (πλατυτέρα δὲ πολλῶ τοῦ κατὰ φύσιν) de tal manera que, incluso algunas veces se aproxima al círculo del iris (ὥστε ἐνίοτε συν-εγγίζειν τῷ τῆς ἱρεως κύκλῳ) y, en ocasiones, impide completamente la visión. Y, en otras, la visión se hace borrosa y todos los objetos parecen más pequeños, cuando ya evidentemente se ha perdido el fluido óptico. Y la enfermedad se genera por una aplicación bien excesiva, o bien, escasa de líquidos (δι' ἐπιφορὰν ὑγρῶν, ἤτοι ἀθρόως φερομένων ἢ κατὰ βραχὺ) que produce una relajación imperceptible de la membrana corioide (ἀνεπαισθήτως διατεινομένου τοῦ ῥαγοειδοῦς) que ocasiona la excesiva dilatación (ἐπὶ πλεῖον πλατυνομένης) de la pupila».

De los textos estudiados se puede deducir que la midriasis se entendía, ya desde antiguo, como una afección muy próxima a la parálisis. Es decir, como un relajamiento patológico de la tensión muscular, sin capacidad de recuperación. Se llega, pensamos, a esta conclusión considerando la estrecha correspondencia que existe entre parálisis y midriasis en la revisión de nuestros autores, y la homogeneidad —según hemos tenido ocasión de comprobar— en la descripción de los síntomas que pueden resumirse todos con una única definición, con la de Celso, nuestro primer testimonio: *Pupilla funditur et dilatatur*.

Así definido, el sustantivo griego μυδρίασις pensamos que es un derivado de μύδρος «yunque» no existiendo más que otros dos derivados de esta familia de palabras, que son el verbo compuesto μυδρο-κτυπέω, atestiguado una sola vez en Esquilo⁷: «En las más altas cumbres sentado forja el hierro (μυδροκτυπεῖ) Hefesto», y el adjetivo correspondiente en Eurípides⁸: «Imitando en su rostro el gesto de un herrero (μυδροκτύπον μίμημ') dejó caer la clava sobre la rubia cabeza del niño».

⁶ VII 54.

⁷ *Prometeo* 368.

⁸ *Heracles* 992.

Chantraine⁹ presupone la existencia de un verbo *μυδρῖάω no atestiguado, que entraría en la serie de los verbos de enfermedad en -ιάω, y aduce que la pupila en el caso de la dilatación patológica «está particularmente brillante». Esta teoría contradice los testimonios de Oribasio y Aecio, que claramente manifestaban que la pupila en el caso de la midriasis no cambiaba de color.

En los mismos términos coloristas ya se había expresado Frisk¹⁰ que, al suponer también el mismo verbo no atestiguado, iba todavía más lejos en su teoría cromática apoyando la creación del sustantivo sobre un significado verbal, que estribaría en «la adquisición de un estado incandescente» y, por consiguiente, «posesión de un color enrojecido como el que adquiere un metal trabajado en el yunque», considerando que la pupila adquiriría un cierto color rojo al dilatarse. Por la misma razón que en el caso anterior, y releyendo los testimonios de Oribasio y Aecio, desechamos cualquier explicación que se base en un cambio de color de la pupila.

Por senderos no sólo cromáticos sino también audaces camina posteriormente en su etimología la Dra. Freikorsunsky cuando presupone¹¹ un inexistente adjetivo *μυδρός «claro» partiendo de la existencia de ἀμυδρός «oscuro» considerando a este último, sobre la base de tal significado, como la negación del inexistente *μυδρός «claro». Esta teoría¹², que podríamos titular del «claroscuro», no tiene consistencia científica ya que el adjetivo ἀμυδρός, o el adverbio ἀμυδρῶς que, casualmente, hemos visto en los textos de Galeno y Aecio: «oscura visión», como síntomas de midriasis, no son palabras compuestas sino simples¹³, como lo prueba el doblete μαῦρος / ἄμαυρος con el mismo significado, digamos negativo, de «confuso», «oscuro», «sombrio», etc.

Sin ir tan lejos en las conjeturas, aunque partimos también de μύδρος como término base para μυδρῖασις, consideramos que puede desprenderse otra explicación que se relaciona directamente con la definición de Celso: *Pupilla funditur et dilatatur*.

En efecto, el sustantivo μύδρος significa «yunque» en el cómico Antífanes¹⁴. Pero en otros textos se refiere a la «masa de hierro candente»,

⁹ *Dictionnaire Étymologique de la Langue Grecque*, París, 1980, s.v. μύδρος.

¹⁰ *Griechische Etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, 1960, s.v. μύδρος. No obstante, en el tomo III del *Addenda* (1972) remite sin más a la temeraria teoría de Crepajac (*K. Z.*, 80, 1966, págs. 249-256) que sugiere un préstamo ilirio.

¹¹ *Griechische Wörter aus lateinischer Überlieferung*, Zurich, 1969, pág. 56.

¹² También parece ser que la suscribía, o al menos no la desestimaba entonces, Chantraine en la revisión de la decimosexta edición de Bailly, A.: *Dictionnaire Grec-Français*, París, 1950, s.v. μυδρῖασις.

¹³ Adrados, F. R. et alii: *Diccionario Griego-Español*, Madrid, 1980, s.v. ἀμυδρός.

¹⁴ Edmonds, J. M.: *The fragments of Attic Comedy* 195.3

por ejemplo en Esquilo¹⁵, o en Heródoto¹⁶: «además... arrojaron al mar un trozo de hierro candente (μύδρον σιδήρεον) y juraron no regresar a Focea hasta que aquella masa (τὸν μύδρον τοῦτον) reapareciera¹⁷ en la superficie». Y, en Sófocles, en las palabras de los guardianes¹⁸ del cadáver de Polinices que, prestándose a ordalías, presumen su inocencia: «Dispuestos estábamos a levantar con las dos manos un hierro ardiendo (μύδρους), a atravesar por el fuego, a jurar por los dioses ni haberlo hecho ni haber estado en convivencia con el que planeó el asunto ni con el que lo ejecutó».

En el mismo marco que en Heródoto volvemos a encontrarlo en Aristóteles¹⁹: «... hizo jurar a los jonios que tendrían los mismos enemigos y los mismos amigos, y echaron al mar los trozos de hierro rituales (τοὺς μύδρους), después de hechos los juramentos». Y en Calímaco se repite el episodio de los de Focea (φωκαέων μέχρις κε μένη μέγας εἶν ἀλί μύδρος) que arrojan al mar la masa de hierro candente, testimonio de la calidad de su juramento²⁰.

En el mítico yunque de Hefesto —también en Calímaco²¹— los Cíclopes (τοὺς μὲν ἔτετμε ... ἐπ' ἄκμοσιν Ἡφαίστοιο ἑσταότας περὶ μύδρον) se encuentran alrededor de la masa de hierro candente.

Y en este recorrido llegamos a Nicandro de Colofón²² con el mismo significado de «masa de hierro incandescente» (αἰθαλόεντα μύδρον) que «se hace enfriar presa en la tenaza (σβεννὺς ... γενύεσσι πυράγρης)».

En otros autores el término se refiere a «piedras candentes introducidas en líquidos» con objeto de su volatilización y utilidad terapéutica como en Hipócrates²³: «Cuando la orina se enfría, hay que arrojar piedras al rojo vivo (μύδρους διαπύρους) en la micción...» o «las piedras incandescentes» que protegen²⁴ el reino de Eetes, rey de la Cólquide (φρουρεῖται πύργοισι καὶ εὐξέστοισι μύδροισιν) o referido concretamente a las «piedras que, en su erupción, arroja el Etna» (ὥσπερ ... Αἴτην ... καὶ μύδρους ἀναρριπτοῦσι διαπύρους) en Aristóteles²⁵ o en Estrabón²⁶ (διὰ τὴν νομὴν τοῦ πυρός ... ἄλλοτε δὲ καὶ μύδρους ἀναφυσῶντος).

¹⁵ Fragmento 307. Cf., no obstante, el aparato crítico de la edición de Radt, S.: *Tragicorum Graecorum Fragmenta*.

¹⁶ I 165.

¹⁷ Es decir, que mantendrían su juramento mientras que no volviera a salir del fondo del mar la masa de hierro.

¹⁸ *Antígona* 264.

¹⁹ *Constitución de los atenienses* 23. 5.

²⁰ Fragmento 388. Pueden verse otros pasajes paralelos que corroboran lo que venimos diciendo en la edición de Pfeiffer, R.: *Callimachus* I, Oxford, 1949, p. 321.

²¹ *Himno a Diana* 46-49.

²² *Alexipharmaca* 50.

²³ *De morbis mulierum* 2.134.

²⁴ *Orphica, Argonautica* 896.

²⁵ *De mundo* 395 b 23.

²⁶ VI 2.8.

Y, todavía, encontramos una última acepción que denomina «la masa candente de un astro». Así, en Anaxágoras²⁷ se refiere al astro sol: «Decía que el sol es una piedra incandescente (τὸν ἥλιον μύδρον εἶναι διάπυρον) y más grande que el Peloponeso». Y en Critias²⁸ (λαμπρὸς ἀστέρως ... μύδρος) «masa candente de un astro». O en Arquelaos²⁹ (μύδρους ... εἶναι διαπύρους), y Filón de Alejandría³⁰ (μύδρους διαπύρους εἶπον αὐτοὺς εἶναι τινες).

Y terminamos esta revisión de textos con el testimonio de Licofrón³¹ que denomina con este término concretamente el oro procedente del río Pactolo (Πακτώλιον ... τηλαυγῆ μύδρον).

En realidad, es el significado de «masa de metal trabajada en el yunque» el más documentado, extendido en un amplio período cronológico que abarca desde el siglo V antes de Cristo hasta bien entrada la era cristiana.

Partiendo de este campo semántico en torno a la fragua, se explica, ahora claramente, el testimonio de Celso: *funditur et dilatatur*. No suscribimos, por consiguiente, las teorías coloristas antes expuestas, sino que consideramos que desde el sentido de «metal dilatado en la fragua» el término midriasis procedería, precisamente, de la denominación de esa peculiar propiedad del hierro candente, la dilatación. De aquí la dicotomía de Nebrija: «perlesía» (latín: *paralysis*) y «perlesía del ojo» (latín: *mydriasis*). Porque es sabido que «perlesía» y «perlático», que documenta por vez primera precisamente Nebrija, son de las numerosas deformaciones populares que abundan de modo especial en los términos médicos³², mal entendidos siempre por el paciente indocto: por ejemplo, como antecedentes de almorranas se ha supuesto una palabra latina **haemorrhœuma* «flujo de sangre». O, el doblete esquinancia/esquinencia, término en desuso que designa «anginas» del latín *cynanche*, griego κυνάγχη o cómo *arthriticus* se convierte en artrético y mucho más tarde en artrítico.

El término parálisis, procedente del griego παράλυσις «relajación», degenera por las razones antedichas en el romance perlesía.

Perlesía, parálisis —ya atestiguado³³ en el siglo XIII y más tarde en Lope

²⁷ Diels, H. y Kranz, W.: *Die Fragmente der Vorsokratiker*, 59 A 1.8.

²⁸ *Ibidem*, 25.35.

²⁹ *Ibidem*, A 15.

³⁰ *De somnis* I 623 M.

³¹ *Alexandra* 272.

³² Fernández-Galiano, M.: «Elementos constitutivos del Español: Helenismos», en *Enciclopedia Lingüística Hispánica* II, Madrid, 1966, pp. 61 y ss.

³³ *Libro de los Caballos* 90. 3: «E tomar una yerba que dizen cardo campesino e semeia cardo follon, e tomar la con su rayz, e tomar otra que dizen minor spargula, e otra que dizen primigola e otros dizen le paralisis, e destas todas tomar tanto delo uno como de lo otro».

de Vega³⁴— son términos que debemos entender como pérdida de la movilidad de un músculo o de uno o varios grupos musculares, y que Nebrija ha empleado también como traducción romance del latín *mydriasis*, que es la dilatación patológica de la pupila, diseñando *extra tempora* el cuño de este término científico, que recoge sólo en 1914 el *Diccionario de la Real Academia Española*³⁵.

³⁴ *Apud* Fernández Gómez, C.: *Vocabulario de Lope de Vega*, RAE, 1971, s. v. parálisis (hacemos notar que la acentuación en Lope es parálisis): «Podagras, fiebres y tisis,/estangu-
rrias, ramicosis,/lepras, gotas, poliposis,/garrotillos, parálisis» (BAL,32). *Ibidem*, s. v. perlesía:
«Son perlas, y es demasia,/y me obligas a cogerlas,/ y vertidas tales perlas,/bastan a dar per-
lesía» (SUF,629).

³⁵ Corominas, J.: *Diccionario crítico etimológico de la Lengua Castellana* III, Madrid, 1976 (3.ª reimpresión).